

“LA CULPA ALEMANA”

Nombre: Susana Astete V.

introducción

¿Por qué aprendes alemán? Es la pregunta que indica precisamente la motivación para elegir este tema. ¿quién o mejor dicho para qué alguien querría aprender alemán? Un idioma maltratado y sesgado por el pasado "omnipresente" cargado de culpas y una generación que aun no puede caminar con la frente bien en alto, sobre esto quiero reflexionar.

Sesenta años han transcurrido desde el final de la Segunda Guerra Mundial en Europa. En la mente de las personas que sobrevivieron al Holocausto o que vivieron el difícil período de guerra, hasta hoy todavía pesan muchos recuerdos indescritibles. La joven generación, en cambio, concibe ese capítulo de la Historia universal como algo muy lejano que difícilmente identifican con la época que vivieron sus abuelos, pero aun así sienten que no esta todo dicho.

Breve reseña de la Alemania actual

El país

La República Federal de Alemania está situada en el corazón de Europa y limita con nueve países vecinos: por el norte con Dinamarca; por el oeste con los Países Bajos, Bélgica, Luxemburgo y Francia; por el sur con Suiza y Austria; por el este, con la República Checa y Polonia. La República Federal es hoy más que nunca encrucijada entre el Este y el Oeste, pero también entre Escandinavia y el Mediterráneo.

Población

Alemania tiene cerca de 82,1 millones de habitantes, la mayor población europea después de la Federación de Rusia, seguida del Reino Unido (59 millones), Francia (58,6 millones) e Italia (57,5 millones). La extensión de Alemania es sin embargo inferior a la de Francia y España.

Geografía

Alemania posee una extraordinaria abundancia de sugerentes paisajes. Cadenas montañosas de elevada y mediana altitud alternan con mesetas, terrazas, paisajes de colinas, montañas y lagos y extensas planicies. De Norte a Sur Alemania se divide en cinco regiones de topografía diversa: las llanuras del norte, la elevación central de montañas medias, los terrenos escalonados del suroeste, las estribaciones alpinas del sur y los Alpes Bávaros.

Alemania en el mundo

El marco de referencia para la política exterior alemana ha cambiado sustancialmente a inicios del siglo XXI. Alemania está reunificada y maneja con soberanía su política exterior. Su situación ha mejorado notablemente en lo relativo a la seguridad. La política exterior germana es y seguirá siendo una política de paz encaminada a salvaguardar el porvenir de la comunidad mundial.

El apoyo a los derechos humanos, la disposición al diálogo, la renuncia al uso de la fuerza y el fomento de la confianza conforman los fundamentos de esta política. Consciente de sus propios antecedentes históricos, Alemania pone especial empeño en promover la libertad así como la vigencia de la ley y de los derechos humanos. Por consiguiente, la política exterior alemana se rige en todo el mundo por los principios de los derechos humanos y de la dignidad humana con el propósito de promover la estabilidad, la paz y el desarrollo. La República Federal de Alemania está dispuesta a asumir una responsabilidad aún mayor en este mundo en transformación. El marco para la acción en el terreno de la política exterior sigue siendo la estrecha asociación con sus socios de la Unión Europea (UE) y de la Alianza Atlántica (OTAN), así como su presencia activa en organizaciones internacionales, especialmente en las Naciones Unidas y en la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE).

Pilares de la política exterior alemana

La política exterior alemana tiene por finalidad el mantenimiento de la paz y la conservación de la prosperidad, el fomento de la democracia y el desarrollo de los derechos humanos en todo el mundo. En consecuencia, dicha política apunta a los objetivos siguientes:

- El avance de la Unión Europea, que debe convertirse en un socio a escala global con todos los derechos y capaz de emprender actuaciones en todas los ámbitos de la política mundial;
- La salvaguardia de la paz, la democracia y la prosperidad en toda Europa, que deberá lograrse entre otras cosas ampliando con éxito la UE;
- El fortalecimiento de la cooperación en el seno de la OSCE;
- El desarrollo incesante de la Alianza Atlántica y de la cooperación transatlántica en cuyo contexto Europa ha de asumir una mayor responsabilidad de su parte;
- El fortalecimiento de las organizaciones internacionales, ante todo las Naciones Unidas, y la consecución de un papel más activo de Alemania en el seno de las mismas;
- El fomento del respeto de los derechos humanos en todas partes del mundo;
- El desarrollo permanente de relaciones en pie de igualdad con las

regiones limítrofes de la UE, en particular la cuenca mediterránea y el Oriente Próximo, en aras del desarrollo y la estabilidad;

- Una cooperación más intensa con los países del África como una región prioritaria de la cooperación alemana al desarrollo.

El elevado rendimiento de la economía alemana continúa siendo la base indispensable de la capacidad de actuación de la República Federal.

Es preciso conservar el papel de Alemania en cuanto una de las principales naciones exportadoras del planeta y en cuanto localización de industrias con proyección de futuro. Siendo una de las naciones industriales y comerciales más importantes del mundo, Alemania depende del buen funcionamiento de un sistema económico mundial eficiente y consagrado al libre comercio, sin descuidar la necesidad de reconciliar los intereses ambientales con los intereses sociales.

Alemania cultiva relaciones diplomáticas con casi todos los países del mundo y mantiene más de 230 embajadas y consulados, aparte de once misiones ante organismos internacionales

El pasado latente

La memoria, en tanto presencia del pasado, es el fundamento de la identidad. La memoria colectiva, es decir, la memoria compartida por un grupo social, resume y reelabora la historia de este grupo en función del presente, seleccionando ciertos aspectos del pasado, destinados a ser recordados y transmitidos, y condenando otros al olvido. Las identidades colectivas, incluidas las identidades nacionales, son en gran medida el resultado de este trabajo de memoria, que presenta dos características esenciales. Ante todo, es una obra de selección entre los innumerables elementos que componen el pasado. La memoria es selectiva. En efecto, es imposible recordar íntegramente el pasado : sólo una parte de ello permanece impresa en la memoria, mientras el resto cae en el olvido. Por lo tanto, memoria y olvido son indisolubles, como las dos caras de una misma medalla o dos aspectos de una misma realidad. Es importante observar que también el olvido interviene en el proceso de construcción de la identidad, en particular de las identidades nacionales, que están fundadas precisamente sobre el olvido compartido de muchos aspectos del pasado.

La segunda característica consiste en que la memoria no es una restitución idéntica de los eventos pasados, sino siempre una reconstrucción del pasado en función de los problemas y las preocupaciones del presente. El recuerdo de un mismo suceso varía en el tiempo, asumiendo significados distintos según los momentos y las épocas en las cuales viene evocado. El trabajo de la memoria consiste precisamente en la reconstrucción incesante del pasado a la luz del presente, atribuyéndole cada vez nuevos significados y contribuyendo en tal modo a la construcción, también ella permanente, de las identidades, sean individuales sean colectivas. También, la pérdida de

memoria significa la pérdida de la identidad: equivale a cortar total o parcialmente los filamentos que unen al grupo o al individuo con su pasado y que dan un sentido a su presente.

Cada grupo social, del más pequeño al más grande, produce y transmite su memoria específica, que constituye, el fundamento de su identidad. En cada sociedad, existe por lo tanto una pluralidad de memorias de grupo, o memorias sociales, que coexisten y frecuentemente se confrontan, provocando verdaderas y propias guerras de la memoria, porque cada una de estas memorias colectivas busca afirmarse, de frente a las otras, para devenir la memoria dominante, es decir, aquella compartida por el número más grande de personas. Cada grupo recuerda del propio pasado sobre todo aquellos aspectos que contribuyen a valorizar y a consolidar su identidad, mientras deja en cambio, en la sombra, condenándolos consciente o inconscientemente al olvido, aquellos que atentan en cambio con cargar de prejuicio tal identidad. Pero que la historia tiene una pretensión científica, es decir, busca interpretar el pasado sobre la base de los criterios del trabajo científico (verificación de hipótesis, etcétera). En otras palabras, la historia quiere ser una forma "científica" de la memoria, pero también ella, como la memoria, reconstruye el pasado a la luz de las preocupaciones del presente.

Existen memorias alemanas, distintas y contrastantes. Por lo que respecta a la memoria oficial, es decir, aquella producida por los detentadores del poder político y que se expresa, por ejemplo, a través de los manuales escolares, las conmemoraciones, los monumentos, viene señalado que por varios decenios han existido al menos dos: aquella de la República Federal y aquella de la República Democrática. Después, cada una de ellas ha conocido una evolución más o menos

importante a lo largo del tiempo. Por tal motivo, se necesita diferenciar. La primera distinción por hacer es, naturalmente, aquella entre las dos Alemanias y sus respectivas memorias, porque la diversidad de los sistemas políticos y económicos se ha traducido también en un distinto comportamiento en la confrontación con el pasado. Después, se necesita distinguir según sea el periodo y la generación. Con el paso del tiempo, progresivamente ha aumentado el porcentaje de alemanes nacidos después de la guerra -más del 60 por ciento hacia finales de los años ochenta- y que por lo tanto no tenían ninguna experiencia directa con el pasado nazi. Así, la memoria de un sobreviviente, que antes era dominante, gradualmente ha cedido el lugar a la memoria adquirida, transmitida, aprendida, con fuertes variaciones en la intensidad de la adquisición.

Otra distinción necesaria respecto a los grupos sociales es la presencia del delito en la memoria, el deseo de esta presencia o su rechazo, han sido distintos según sea la pertenencia profesional, con ausencias y rechazos particularmente fuertes ahí en donde la memoria implicaba una constatación de complicidad, por ejemplo entre los industriales y los magistrados". Otro criterio distintivo es aquel de las filiaciones religiosas, ya que las iglesias han adoptado comportamientos distintos en relación con la memoria. La diversidad se da, en resumidas cuentas, según la vivencia personal, por ejemplo la influencia del hecho de haber vivido o no en una zona bombardeada, de haber sido o no expulsado de la tierra originaria, etcétera.

En este caso, me quiero referir a un texto escrito por Martin Niemoller , el cual fue un pastor durante el periodo nazi:

"We cannot get out of it with the excuse: I might have had to pay with my life had I spoken out. In my Bible I have read: "Defend

the Truth with thine own life." Or let us think of Luther's words: "Take away body, belongings, honor, child, wife!"

We preferred to keep quiet. We are most certainly not without guilt; and I ask myself over and over again what would have happened if 14,000 evangelical ministers and the Evangelical communities, all over Germany, had defended the truth with their very lives in the year 1933 or 1934, when there must have been a possibility? If we had said then that it is not just for Herman Goering simply to throw 100,000 communists into concentration camps to perish?

I can imagine that 30 to 40 thousand Evangelical Christians would have been shortened by a head, but I can also imagine that we would have thus saved 30-40 Millions of lives, for this is the price that we now have to pay."

Sobre la memoria del pasado nazi en Alemania pesan las dos dificultades ya citadas: la naturaleza criminal de dicho pasado y el hecho de que este régimen criminal había sido beneficiado, hasta su final, por un largo apoyo por parte de la población. Viene al caso recordar que el régimen nazi sólo pudo ser eliminado por la acción de los ejércitos extranjeros, no por una consecuencia de una guerra civil o por la resistencia armada de una parte de la población: en Alemania existieron opositores, pero no un movimiento de resistencia armada, comparable por ejemplo a aquel italiano en contra del fascismo. Para las generaciones que habían vivido el periodo nazi, recordar el pasado quería decir también tener que recordar la propia responsabilidad, tener que preguntarse en qué medida cada uno había contribuido, con su

comportamiento individual a hacer posible los crímenes nazis y la catástrofe de Alemania.

Reflexiones sobre el problema de la responsabilidad individual y colectiva no faltaron en Alemania al término de la guerra.

Tras la Segunda Guerra Mundial la literatura alemana resurgió a través del intento de muchos escritores de plasmar la experiencia estremecedora y propiamente nihilista de la guerra y la devastación, para lo cual frecuentemente recurrieron a modelos extranjeros o se ayudaron de las pautas del existencialismo o de la tradición cristiana. El drama "Draußen vor der Tür" (1947) de Wolfgang Borchert, las narraciones de Heinrich Böll ("El tren llegó puntual", 1949) y Arno Schmidt ("Leviathan", 1949), la poesía de Paul Celan ("Mohn und Gedächtnis", 1952), Günter Eich y Peter Huchel ejemplifican esta tendencia a no abordar los temas políticos de forma directa y realista, sino a reflejar la culpa alemana y la derrota alemana a través de imágenes religiosas o asociadas a una cosmovisión, enlazando en muchos casos con las corrientes literarias de la modernidad, proscritas durante los doce años de la dictadura.

En la literatura de los años cincuenta y sesenta se fue decantando visiblemente una corriente en la cual el modo mismo de encarar el pasado reciente se convirtió en un tema literario. En muchas obras de aquellos años la crítica del "milagro económico" de la posguerra se conjuga con el ansia de reconstrucción de los hechos del pasado. La obsesiva concentración en la rápida recuperación de un renovado bienestar material se interpreta a menudo como alusión de la responsabilidad por lo sucedido en la época nazi. En esta línea se inscriben por ejemplo las piezas de teatro y obras en prosa de los autores suizos Friedrich Dürrenmatt y Max Frisch. Las obras más

importantes dentro de esta línea son las de Wolfgang Koeppen ("Das Treibhaus", 1953), Heinrich Böll ("Und sagte kein einziges Wort", 1953; "Das Brot der frühen Jahre", 1955; "Billard um halbzehn", 1959), Siegfried Lenz ("Deutschstunde", 1968) y Günter Grass ("El tambor de hojalata", 1959; "El gato y el ratón", 1961; "Años de perro", 1963).

Mención aparte merece el "Grupo 47", asociación libre de escritores de lengua alemana creada en 1947 por Werner Richter, cuyas reuniones anuales (hasta 1967) fueron auténticos acontecimientos desde el punto de vista literario y, andando el tiempo, también político. Algunos de sus miembros, entre los cuales figuraban muchos de los autores conocidos de la época, se concebían a sí mismos como instancia moral. Los representantes más ilustres de este grupo, Heinrich Böll y Günter Grass, recibieron respectivamente en 1972 y 1999 el Premio Nobel de Literatura.

A mediados de los años sesenta se inició un profundo viraje en la sociedad, no sólo en la República Federal de Alemania, sino en todos los países occidentales. Con la revuelta estudiantil de 1968 se consumó una evidente radicalización de la crítica del "silencio de los padres" respecto a los crímenes del nazismo. Las tendencias estetizantes de la literatura se tachan de enmascaramiento de las causas sociales y económicas de la estructura económica, considerada injusta. Muchos autores buscan el compromiso social y político, rechazando al mismo tiempo su encasillamiento político. Resulta sintomática la lucha de numerosos literatos contra la guerra de Vietnam y a favor de una nueva Ost-Politik. Pero también es característica la búsqueda de un nuevo papel para la literatura y de nuevas formas de expresión literaria. La tesis de la "muerte de la literatura" (Hans Magnus Enzensberger) o la

"Estética de la resistencia" de Peter Weiss constituyen la expresión más radical de este discurso.

El libro del filósofo Karl Jaspers, Die Deutsche Schuld (La culpa alemana), publicado en 1946, el autor constataba que en la población alemana era muy difundida la tendencia a evitar cualquier discusión sobre estos problemas y a rechazar cualquier idea de culpa. Escribe Jaspers:

"La tentación de sustraerse a este problema (de la culpa) es fuerte. Vivimos en la miseria. Una gran parte de nuestra población vive en una miseria tan grande, tan inmediata, que parece ser indiferente a dicha discusión. Le interesa sólo eso que disminuye la miseria, eso que procura trabajo y pan, un lugar, calor. El horizonte ha devenido cerrado. No le gusta oír hablar de la culpa, del pasado; no ser tocados por la historia mundial. Simplemente se quiere dejar de sufrir, salir de la miseria, se quiere vivir pero no reflexionar. Se tiene la impresión de que después de un sufrimiento tan terrible se debería ser recompensado, o en cualquier modo consolados, pero no es permitido ser comprendido cabalmente, más allá de todo lo demás, bajo una culpa"

Sin embargo, las voces como la de Jaspers permanecieron, en el conjunto, preferentemente aisladas. Sin duda alguna, el comportamiento más difundido fue el de cerrar los ojos sobre el pasado y evitar cualquier reflexión sobre el problema de la responsabilidad. En distintos modos, esta actitud fue promovida por los poderes públicos de las dos Alemanias, a pesar de la distinta orientación política. El hecho mismo de que un número muy elevado de alemanes estuviera involucrado en los crímenes del nazismo frenaba la reflexión. Como se sabe, es más fácil defenderse de una culpa, y de sentimientos de culpa,

cuando ésta ha sido cometida colectivamente. Escriben dos psicoanalistas alemanes, Alexander y Margarethe Mitscherlinch: "Normalmente el individuo oprimido por una culpa viene aislado de la sociedad; en cambio, este destino no golpea a la colectividad, porque en ella el hombre es solamente un culpable entre los culpables". Las dimensiones mismas de los crímenes cometidos y el elevadísimo número de personas implicadas en su ejecución han hecho difícil a la sociedad alemana probar sentimientos de culpa. Escriben los Mitscherlinch:

"Un examen históricamente riguroso de esta parte de nuestro pasado probaría rápidamente que el exterminio de millones de perseguidos indefensos se compone de innumerables decisiones y acciones criminales de singulares, y que no se puede en modo alguno señalar exclusivamente, con aquella facilonería que han hecho propia, a los superiores, en resumidas cuentas al führer mismo. Que haya podido pasar lo que ha pasado no es el resultado solamente de cualidades milagrosas del führer, sino ni más ni menos de una 'increíble obediencia'"

Por tal motivo, en Alemania occidental una amnesia colectiva pareció difundirse entre la población, como una epidemia, al término de la guerra. Nadie se acuerda más de haber sido nazi, de haber sostenido con entusiasmo a Hitler. Respecto de los innumerables delitos cometidos por el régimen nazi, ninguno parecía haber tenido conciencia antes de 1945. Este intento de justificación tenía, obviamente, un fundamento poco sólido. También si es imposible determinar con exactitud en qué medida la población era informada de estos delitos, es cierto que un número muy elevado de personas tenía conciencia de ello; que así fuese, se explica porque el funcionamiento de la máquina de muerte nazi pedía la participación de muchísimas personas y no sólo de un restringido número de criminales. Para dar un ejemplo, los

ferrocarrileros que conducían a Auschwitz los convoyes de deportados difícilmente podían ignorar que éstos iban a encontrar la muerte y que las condiciones de transporte, por sí mismas, eran inhumanas y los empleados de la administración ferroviaria no podían ignorar el hecho de que todos aquellos trenes regresaban de Auschwitz vacíos. Otro ejemplo: la población que vivía en las proximidades de los numerosos campos de concentración existentes en Alemania no podían ignorar que se trataba de lugares de terror, también si no conocían en detalle todo lo que ahí sucedía. Cuando se observa un mapa del sistema totalitario nazi, con sus innumerables ramificaciones, se comprende inmediatamente que los laggers formaban parte del panorama normal que gran parte de la población tenía bajo los ojos. El argumento de la ignorancia era por lo tanto poco convincente.

Después del final de la depuración, conducida por las autoridades aliadas, raros fueron los criminales nazis que debieron responder por sus acciones frente a los tribunales en Alemania Federal. Sólo hasta los años setenta, por ejemplo, fue celebrado, en Frankfurt, un primer proceso en contra de los guardias y otros responsables del campo de exterminio de Auschwitz. Por lo demás, muchos procesos contra excriminales nazis fueron celebrados en la República Federal solamente como consecuencia de las presiones de la opinión pública internacional. La gran mayoría de los criminales fue dejada en paz y pudo continuar tranquilamente la propia carrera en la vida civil: se le aplicó en sus responsabilidades aquello que algunos estudiosos llaman la "amnistía fría", es decir, una amnistía de facto, privada de todo elemento jurídico pero no por ello menos eficaz. Los ex miembros de la SS, la Gestapo, los Einsatzgruppen y otras organizaciones criminales obtuvieron la pensión estatal por los servicios prestados. La Alemania Federal concluye la "gran paz con los asesinos" , agregandose así a la primera

culpa -aquella cometida en los tiempos de Hitler- una segunda, que consistía precisamente en el deseo de olvidar y negar la primera. Esta segunda culpa habría señalado en modo determinante la cultura política de la República Federal.

Inversamente, los opositores al régimen nazi que debieron fugarse de Alemania después de la llegada de Hitler al poder y que entraron nuevamente después del final de la guerra fueron generalmente recibidos con desconfianza y sospecha. Se imputó a muchos exiliados el hecho de haber vivido "la buena vida" en el extranjero, mientras en Alemania se debieron soportar tantas privaciones. A quien, como el futuro canciller Willy Brandt, había participado activamente en la resistencia en contra del nazismo, se imputó, en los ambientes políticos más conservadores, la ausencia de espíritu patriótico. Aquellos que habían sobrevivido a los campos de concentración y a las prisiones de Hitler no encontraron, una vez reintroducidos a la vida civil, un recibimiento particularmente caluroso. Con frecuencia, su presencia constituía motivo de embarazo, porque, en cierta medida, eran la prueba viviente de que efectivamente había sido posible resistir a Hitler: a los ojos de aquella mayoría que había seguido ciegamente al führer, estos sobrevivientes representaban una tácita pero permanente reprobación. A propósito de quien, por conformismo, se había adaptado al régimen sin buscar utilizar los espacios de maniobra, que también existían, para disminuir la injusticia, Karl Jaspers escribía en 1946: "ninguno podrá justificarse completamente por haber obrado así, sobre todo tomando en cuenta el hecho de que muchos alemanes rechazaron cumplir tales actos de sumisión y se asumieron las consecuencias de su rechazo" .

En la Alemania Federal, la mayoría de los alemanes rechazó considerarse culpable y ningún criminal nazi admitió públicamente su culpa o hizo acto alguno de arrepentimiento. Es paradójico que los pocos, como Jaspers, que estuvieron dispuestos a interrogarse sobre las propias responsabilidades, fueron, en realidad, aquellos que menos tenían algo que reprocharse o bien porque no habían apoyado el régimen o bien habían luchado en contra de éste, mientras la gran mayoría de la población que más había apoyado el régimen era también aquella que rechazaba categóricamente reflexionar sobre sus propias responsabilidades. La actitud más difundida en la sociedad alemana occidental fue aquella que consistía en buscar olvidar el pasado nazi o, más exactamente aquellos aspectos del pasado que implicaban la responsabilidad y la culpa individual o colectiva.

El mecanismo, según los dos psicoanalistas, es análogo a aquel de una culpa infantil. Del niño que, habiendo combinado un pequeño daño, niega después ser su autor. En la defensa en contra de la culpa, la vergüenza y el luto por la pérdida sufrida, que la totalidad de la población alemana de la posguerra pone en acción, tenemos en realidad que hacer lo mismo que con la autodefensa infantil, pero no con una experiencia de culpa infantil, sino con una gruesa culpa real. No puede no suscitar espanto la aplicación de una técnica infantil de descarga de las consecuencias derivadas por la expedición de conquista y programas de exterminio que sin el empeño entusiasta de esta colectividad no habrían podido ni siquiera haber iniciado, y mucho menos durar hasta el último momento.

Entre las formas más difundidas de rechazo de la responsabilidad existió aquella de atribuir toda la culpa al führer -como si el nazismo hubiese sido solamente el hitlerismo- y aquella de considerar todo lo sucedido como una suerte de catástrofe natural, en contra de la cual la voluntad

humana es impotente. En el momento en que la gran mayoría de la población alemana se había identificado con Hitler y con su régimen, su caída significó una devaluación traumática del propio yo. Al respecto, escriben los Mitscherlich:

"Para millones de alemanes la pérdida del führer no fue la pérdida de una persona cualquiera (...); en cambio, a su persona le vincularon identificaciones que habían llenado funciones centrales en la vida de sus secuaces, en el momento en que él se había transformado en la personificación de nuestro ideal del yo. La pérdida de un objeto investido así con una gran energía libidinal, de la cual todavía no se dudaba, de la cual todavía no se osaba dudar, cuando la patria cae en ruinas, sería efectivamente un motivo de melancolía (en el sentido freudiano, es decir, de intensificación patológica del sentimiento de luto). En la catástrofe no se perdió solamente la base efectiva de nuestro ideal del yo; el führer además fue desenmascarado por los vencedores como un criminal megalómano. Con esta repentina caída de sus cualidades, el yo de cada individuo probó una desvalorización y un empobrecimiento centrales".

En esta situación, no quedaban otras salidas que la depresión, la melancolía, o bien el rompimiento de todos los puentes afectivos con el pasado inmediato, negando cualquier responsabilidad o implicación de todo aquello que había sucedido. Por lo tanto, la amnesia voluntaria y el rechazo de responsabilidad fueron los medios de defensa en contra de la depresión. La más importante técnica de defensa fue precisamente aquella que consistía en buscar olvidar todo lo que tuvo que ver con el entusiasmo por el Tercer Reich, con la idealización del führer y con los actos criminales cometidos.

A juicio de los Mitscherlich, el hecho de que en la gran masa de la población se hayan manifestado pocas señales de melancolía, de luto o de remordimiento es atribuible a la negación colectiva del pasado, el cual se desvanecía como un sueño, y esto permite después a la población de la República Federal identificarse fácilmente con los vencedores occidentales sin dar signo de orgullo herido. Por lo demás, "una de las ventajas económicas de esta negación colectiva del propio pasado fue que podía uno dedicarse adecuadamente, indemne, al presente y a las tareas de éste". La energía psíquica disponible fue invertida, casi en manera obsesiva, en el trabajo de reconstrucción del país. En el arco de doce años, gracias a este obstinado trabajo y a la ayuda americana, se obtuvieron en este rubro resultados sorprendentes. La prosperidad económica contribuyó a hacer olvidar el pasado nazi. La Guerra Fría y la exacerbación del conflicto internacional Este-Oeste reforzaron dicha tendencia. En particular, el anticomunismo jugó un papel importante. La República Federal había nacido sobre la base de un doble rechazo: por una parte, rechazo del nazismo; por otra, del comunismo, ambos considerados como variantes de un mismo fenómeno: el totalitarismo. Sin embargo, el sistema político de la República Federal se mostró mucho más intransigente en su rechazo al comunismo que en aquel del nazismo: en los enjuiciamientos y críticas de los exnazis, no fue aplicada la misma política de rígida exclusión que, en cambio, sí fue aplicada en las confrontaciones de los comunistas. El rechazo de la memoria, la voluntad de no recordar, duraron demasiado. Para que la sociedad alemana-federal comenzara a salir de la amnesia colectiva en relación con el pasado reciente fue necesario esperar la llegada en los años sesenta de una nueva generación, nacida después del final de la guerra. En ese entonces, se asistió a una suerte de despertar o de reactivación de la memoria, que ha continuado intensificándose. Distintos factores contribuyeron, en los años sesenta, a

este despertar. Muy importante fue, por ejemplo, el proceso, en Jerusalén, a Adolf Eichmann, uno de los principales organizadores del genocidio. El suceso tuvo un notable eco internacional, sobre todo en Alemania. Otro factor del despertar fue el proceso que tuvo lugar en Francfort contra un grupo de guardias del campo de concentración y exterminio de Auschwitz. Este hecho permitió (sobre todo a los más jóvenes) tomar conciencia de la enormidad de los crímenes cometidos por el nazismo y de constatar que los criminales no eran psicópatas, sino personas "normales", transformadas en despiadados asesinos. Lo mismo había constatado Hannah Arendt en relación con Eichmann: el libro escrito por ella a propósito del proceso de Jerusalén, al cual había asistido, lleva precisamente como subtítulo "La Banalidad del Mal". Pero el factor decisivo para el despertar de la memoria probablemente fue la llegada a la edad adulta de una generación de jóvenes, nacida después de la guerra, que comenzó a pedir explicaciones a la generación precedente, aquella de sus padres, sobre el modo en el cual ésta se había comportado durante el periodo nazi. Más que en otros países, en Alemania el movimiento estudiantil de 1968 fue también una revuelta contra la generación de los padres, contra su amnesia y sus silencios, su rechazo de reconocerse responsables. En el mismo periodo, se formaba una nueva generación de historiadores, que aportaría una contribución esencial al conocimiento del pasado nazi, contribuyendo a intensificar el recuerdo en la conciencia colectiva. En los años ochenta, el recuerdo del pasado nazi se había intensificado, dando lugar, por ejemplo, a un multiplicarse de ceremonias conmemorativas. Fue como si el pasado nazi saliera progresivamente del olvido, en el cual se había buscado relegarlo, para hacerse cada vez más presente en la memoria colectiva. En este sentido, se trata verdaderamente de un pasado que no pasa, como lo deplora el historiador conservador Ernst Nolte. No faltaron los intentos, por parte de los sectores políticos conservadores, de cerrar

definitivamente, de un modo u otro, el discurso sobre el pasado nazi. Uno de los más significativos ha sido sin duda el episodio de Bitburg. En ocasión de una visita oficial del presidente norteamericano Ronald Reagan a Alemania, el canciller Kohl y su invitado habían realizado un homenaje a los alemanes caídos en el cementerio militar de Bitburg, en las afueras de Bonn, donde están enterrados, junto a los soldados de la Wehrmacht, los hombres que pertenecieron a la SS. La ceremonia fue concebida por Kohl para demostrar que la página del pasado nazi ya había pasado, pero tuvo el efecto exactamente opuesto, suscitando una fuerte ola de protestas. Este episodio demuestra también la dificultad, para la República Federal, de encontrar una forma adecuada para rendir homenaje a los soldados caídos. Si es verdad que estos soldados murieron por la Alemania -pero ¿Por cuál Alemania? ¿Aquella que quería dominar el mundo? -, es también verdad que muchísimos de ellos, y no sólo los que pertenecieron a la SS, se mancharon de crímenes espantosos, cuyo recuerdo siempre está vivo.

La generación de estudiantes alemanes occidentales es probablemente la mejor informada sobre el pasado nazi. Cada año recibieron en el colegio cursos especiales y detallados sobre el período y sus consecuencias, cada uno tuvo que trabajar sobre el Holocausto más de una vez. Muchos dicen: «No lo niego: mi abuelo tuvo la culpa, mi padre la heredó, pero yo quiero ser libre, ¿es mucho pedir?»

Por el contrario, en una revista Checa "A toda Marcha" se hizo una entrevista a jóvenes sobre sus conocimientos sobre la Segunda Guerra Mundial. Al respecto señalaban:

"La Segunda Guerra Mundial es un importante capítulo de la Historia universal. En la escuela básica nos han hablado del tema en las clases

de Historia y, en vista de que tuvimos un buen maestro, nos hemos dedicado detalladamente a ese período. A mí me interesa en especial el destino de los judíos durante la guerra, por lo que he leído muchos libros y he seguido en la televisión numerosos documentales sobre el tema. Todas esas informaciones son tristes, pero es importante conocerlas".

Jakub, estudiante, de 14 años de edad, quien vive en la ciudad de Benesov, Bohemia Central, también tiene amplios conocimientos sobre la Segunda Guerra Mundial.

"A mí me interesa ese tema, y la Segunda Guerra Mundial la considero una gran barbarie, una, perdonen la palabra, "cochinada" de un par de locos que pretendían dominar el mundo. Es interesante igualmente comparar ese período con la época actual, que es totalmente diferente. La gente debería apreciar el hecho de que hoy en día no vivimos los horrores que vivieron nuestros abuelos".

Según Jakub, lo que se enseña sobre la Segunda Guerra Mundial en la escuela es insuficiente, por lo que trata de conseguir él solo más información.

"Leo muchos artículos sobre la guerra que aparecen en la prensa, y en la biblioteca de mi ciudad disponen de un sinnúmero de libros sobre la Segunda Guerra Mundial. He visto igualmente documentales en la televisión y varios largometrajes sobre Hitler y el Holocausto. Aprecio mucho que en aquél entonces y, a pesar del terror nazi, había personas muy valientes que no vacilaban en ayudar a los judíos y ocultarles de los nazis".

Katka, de 18 años, es estudiante de tercer año de liceo y proviene de Bohemia Oriental. Admite que sus conocimientos sobre la Segunda Guerra Mundial son escasos.

"Hace dos años que ya no tenemos clases de Historia en la escuela. De lo que aprendí en la escuela básica sobre la Segunda Guerra Mundial recuerdo poco. Sé que la guerra la desencadenaron los alemanes, que éstos hicieron mucho daño a nuestra nación y a otros pueblos del mundo. Sé que los que más sufrieron fueron los judíos y los gitanos, a quienes Hitler pretendía exterminar y los enviaba a campos de concentración. Eso es imperdonable. Visité varios campos de concentración y fue muy triste. Recuerdo las historias que me contaba mi abuela sobre la guerra, y estoy feliz de vivir en una época tan diferente".

En opinión de Tomás, estudiante de primer año de enseñanza media, las escuelas deberían dedicar una mayor atención a la Historia más reciente y, en especial, a la Segunda Guerra Mundial.

"No basta sólo con aprender en la escuela cuándo estalló la guerra, cuáles fueron sus más importantes protagonistas y las batallas decisivas. Creo que sería mucho mejor hablar sobre el tema desde un ángulo más amplio. Analizar las causas de la guerra y debatir si existe todavía el peligro de que algo semejante vuelva a suceder. Estoy convencido que esto aportaría mucho más a los jóvenes que aprender de memoria fechas históricas".

Las personas que han sobrevivido a la Segunda Guerra Mundial, ya sean ciudadanos checos, españoles, franceses o rusos, también insisten en la necesidad de hablar con las jóvenes generaciones sobre la mayor

conflagración mundial y sus horrores, para que nunca más algo semejante vuelva a repetirse.

Por otro lado, me parece interesante la visión que entrega el escritor chileno Carlos Franz sobre su experiencia directa en Berlín los años de la reunificación alemana. A él le parece que el mensaje simbólico quedaba claro : unidad alemana y democracia podían ir juntas. Y no parecía sólo una ocasión en la política germana. También un extranjero podía sentirse conmovido.

“El presidente del Parlamento Europeo habló largo y tendido acerca del fin de la guerra fría, el fin de la división de Europa y el mundo en bloques irreconciliables, incluso el fin de la amenaza nuclear. Daba para creer que la humanidad entraba en una nueva era de paz. El ambiente en la severa iglesia circular era de recogimiento, de contenido optimismo. Los rostros serios de los parlamentarios en las primeras filas aparentaban escuchar realmente los discursos de los oradores, en vez de estar preparando mentalmente el suyo. Para finalizar, la orquesta de la Opera de Frankfurt interpretó la grave y radiante sinfonía N° 34 de Mozart. Mientras desde afuera empezaba a llegarnos el retumbar de los fuegos artificiales, los vitores de una multitud que celebraba en las calles una alegría aparentemente universal...”

el cuenta que aquella noche había cenado con un grupo de intelectuales alemanes en el “Zum Gemalten Haus”, el tradicional restaurante de Frankfurt. El confiesa:

“los discursos y el entusiasmo callejero me habían sacado, al menos momentáneamente, del arduo escepticismo político cultivado en la experiencia de crecer bajo una dictadura latinoamericana. En Chile acababa de caer Pinochet y acá se habían venido abajo las dictaduras

comunistas de Europa del este. Me parecía estar viviendo un «momento histórico extraordinario», en la historia del extraordinario siglo XX. Llevado por ese entusiasmo histórico (y por unas cuantas copas de Ebbelwei, esta traicionera cidra de manzana que se bebe en las orillas del Main), se me ocurrió proponerle un brindis a la mesa. «Por el futuro», creo que propuse, «por un mundo mejor...». Y alcé mi copa.

Ojala jamas lo hubiera hecho. Un súbito silencio se impuso entre los 8 o 10 escritores, editores y periodistas. Las caras se alargaron, alguno tosió nerviosamente, otro se agachó a recoger una servilleta que no se le había caído. Y ninguno levantaba su copa, dejándome solo con la mía en alto. Finalmente, el brillante historiador berlinés con la cara picada de viruela y la corbata chillona que se sentaba enfrente mío, condescendió a explicarme:

- ¡Una Alemania unida es una Alemania fuerte; y la historia enseña que una Alemania fuerte es una amenaza para sí misma y para el mundo! - sentenció. Y había verdadera angustia, una mezcla de rabia y miedo en su voz.

Los demás, cabizbajos, asentían. Fui bajando mi copa de a poco, recorrido por un escalofrío. De pronto, los gritos de la multitud en las calles, los megáfonos, el retumbar de los fuegos artificiales empezaron a parecerme ecos de un desfile nazi, órdenes de deportación, artillería antiaérea...! Creo que estuve a punto de refugiarme bajo la mesa. "

BERLÍN, SIGLO XX

Probablemente, en ningún otro lugar de Alemania se atisbe mejor la complejidad de esa culpa que acompleja a los alemanes como en Berlín. Mientras Roma es «eterna», París es del siglo XIX (al menos el París de Haussmann) y Nueva York siempre será del futuro, Berlín es la ciudad

del siglo XX; la más emblemática, desde el punto de vista histórico, de ese siglo oscuro. Pocas capitales reúnen de este modo los restos arrasados de los principales fanatismos modernos junto a sus consiguientes ruinas. El neoclacisismo imperialista de comienzos de siglo sucedido por el monumentalismo hitleriano, el racionalismo soviético en el sector comunista conviviendo con la mera edificación funcional que el milagro alemán prodigó en el oeste; y en el horizonte, las torres del supercapitalismo globalizado de los 90, esperando su avatar. Ruinas, reconstrucciones y proyectos, puestos en tensa contradicción como el propio corazón de sus habitantes.

Para un sector de la sociedad alemana la carga psicológica del Holocausto es tanta que todo lo que sea judío o suene a tal acarrea de inmediato un reflejo culpable y un deseo de reparación. La nueva capital de la Alemania unificada ha puesto entre sus piedras fundacionales esa culpa histórica. Berlín tendrá no uno, sino cuatro memoriales y museos acerca de la tragedia.

Sin embargo, no será la cantidad de museos sino la manera de visitarlos lo que hará, o no, una diferencia en la Alemania unificada, la «vergüenza de ser alemán», no es la única forma de relacionarse con el dilema de la culpa colectiva entre la gente honesta de la Alemania contemporánea. Pero especialmente entre los más jóvenes que ella, se encuentran también muchos que no estaban aterrados aquella noche de la unificación hace diez años. Sino que celebraron en las calles, aparentemente sin complejos, sin temores al pasado, quizá sin culpa.

Con respecto a esto, año tras año se construyen o se gastan cantidades suntuosas en la construcción de monumentos, tratando de buscar algún tipo de redención. La revista "Mundo Judío" el artículo Un museo para la polémica se pronuncia al respecto:

"El costo del edificio del Museo fue de 120 millones de marcos que equivalen a 61,3 millones de euros. Sobre su arquitectura hay notorias discrepancias, a pesar de que el arquitecto norteamericano-israelí Daniel Libeskind ganó el concurso en buena ley. Para Dieter Opitz en la Berliner Morgenpost el edificio es genial mientras Gideon Samet en Haaretz lo califica de "monumento pretencioso".

Respecto al contenido del Museo tampoco faltan las críticas. Por ejemplo, Alan Posener y Hannes Stein escriben en Die Welt: "En el Museo Judío hay una especie de torre del Holocausto. Esta es una habitación con paredes muy altas, con paredes desnudas al final de un corredor largo y algo sombrío. El visitante entra, luego cae detrás suyo con un sonido melodramático una pesada puerta de metal. Al parecer, cuando el Museo todavía estaba vacío, hubo gente que quedó impresionada y comenzó a llorar. En realidad todo esto tiene algo de extravagante y hasta infantil: jugamos al Holocausto."

En la actual Alemania, los testimonios directos del pasado nazi son cada vez más raros. La gran mayoría de la población está compuesta de personas cuyo conocimiento del periodo nazi abrevia sobre todo en libros de escuela, programas de televisión, periódicos, más allá de aquello que posiblemente pudieran aprender en la propia familia. Por lo tanto, se trata más de una memoria indirecta, donde el problema de la transmisión deviene absolutamente central. Sin embargo, por más lejano que se encuentre en el tiempo, el pasado nazi continúa ocupando un lugar central en la memoria colectiva.

Hoy en día, quizás los nietos de los responsables directos de puedan ubicar en dos grandes grupos: los que dicen que ellos definitivamente no son culpables, pero que sienten un poco de rabia al saber que nadie hizo nada y otros son los neonazis, grupo que actúa en todo el mundo inclusive en lugares tan lejanos como Chile, y eso es en realidad una vergüenza, una motivación absurda, una vía de escape. Para muchos alemanes, el día de la unidad alemana ya no es un tema, lo mismo que nos sucede con nuestro 11 de septiembre, pero al mismo tiempo los jóvenes alemanes son tan sensibles como nosotros en relación a simbolismos, por ejemplo el himno nacional, al igual que nosotros ellos tienen eliminadas algunas de las estrofas que hacen referencia al pasado nazi. Y aquello si es un tema para ellos, se sienten ofendidos y pasados a llevar al estar en otro país de inmigrantes viejos partidarios aun del régimen, de no entender como acá se puede venerar un sistema que trajo tanta desgracia a su historia.

Al mismo sienten que por muchos años, Alemania llevará su cruz , su idioma, su bandera, su acento será motivo de burla y desprecio.

"Hitler is today all around us - in our loathings, our fears, our fantasies of power and victimization, our nightmares of vile experience and violent endings."

"The young German generation does not regard Germany's history as a burden but as a challenge for the future. They are prepared to shoulder their responsibility. But they refuse to acknowledge a collective guilt for the deeds of their fathers. We should welcome this developments"

Conclusión

Cualquier estudio de un idioma sin entender sus procesos históricos está incompleto, el contacto también con alemanes me ha llevado a conocer aun mas la realidad alemana actual. Compartir experiencias, visión de mundo es lejos la experiencia mas enriquecedora que la globalizacion nos puede entregar. A veces me siento como evangelizadora del alemán, haciendo un lavado de imagen, enfatizando que no todos los alemanes son nazies, ni que es un pueblo bárbarico, etc. aclarando que la generalización de los pueblos no lleva a nada bueno, sino que a crear un rechazo irracional a lo racional.

Bibliografia

www.tatsachen-ueber-deutschland.de

www.radio.cz

www.cnn.com

www.desco.org.pe

www.invest-in-germany.de

www.wzo.org.il

www.memoria.com

www.dw-world.de

www.shoeducation.com

revista Deutschland